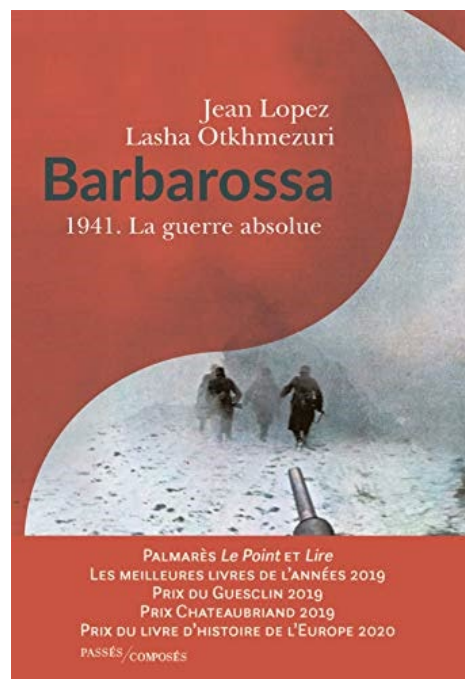


Jean LOPEZ y Lasha OTKHMEZURI: *Barbarossa. 1941. La guerre absolue*, París, Passés Composés, 2019, 960 pp., ISBN: 978-2-3793-3186-2.

Antonio Muñoz Lorente

El reino del horror

Domingo 22 de junio de 1941. Tres millones de soldados de la Wehrmacht se lanzan a la conquista de la Unión Soviética. Comienza *Barbarroja*. Comienza una marcha de mil kilómetros hacia el Este en medio del polvo, el calor y el sufrimiento. «Como los héroes de Joseph Conrad que remontan el río Congo hacia el reino del horror –se lee en la introducción de *Barbarossa 1941–*, [los soldados alemanes] se precipitan en una batalla que les han presentado como diferente a todas las libradas antes. Así será, en efecto. En algunas semanas, estos soldados se transformarán en miembros de uno de los ejércitos más criminales de toda la historia. Se han convertido en el ejército de Hitler» (p. 9).



El ataque toma por sorpresa a buena parte del Ejército Rojo, desplegado cerca de la frontera germano-polaca. Es justo lo que los alemanes necesitan. Sus columnas panzer penetran rápidamente en territorio soviético, apoyadas por la Luftwaffe, y cercan a cientos de miles de hombres. Los soviéticos contraatacan, pero el efecto sorpresa, la flexibilidad de sus adversarios, la descoordinación y la doctrina ofensiva del Ejército Rojo (herencia de teóricos como Isserson o Tujachevski, víctima de la purga miliar de 1937) desbaratan todos sus intentos y multiplican el caos. Sus pérdidas en esas primeras semanas superan todo lo imaginable: 750.000, de las cuales 590.000 muertos o desaparecidos, lo que supone un ritmo diario de 18.000 bajas. A comienzos de julio, Franz Halder, jefe del estado mayor del Alto Mando del Ejército (OKH), anota en su diario que la campaña habrá acabado en cuestión de semanas. Solo quedará concluir las operaciones de limpieza. Los alemanes están exultantes. Ni en sus cálculos más optimistas –y, si ha existido alguna vez un ejército con una confianza en sí mismo a prueba de toda duda, este es, sin duda, la Wehrmacht de junio de 1941– habrían imaginado un éxito semejante. Las hordas del judeo-bolchevismo han sido

batidas. La gran lucha por el futuro de Alemania en la estepa rusa está a punto de concluir.

Este optimismo se mantendrá intacto hasta el parón de Smolensko, aunque se reaviva tras las victorias de Kiev y la Operación *Tifón*, que en el otoño abren a los alemanes la ruta de Moscú. A veinte kilómetros del Kremlin, con los termómetros bajo cero, Hitler, Halder, von Bock, señalan todavía que la victoria definitiva está cercana, que solo hace falta un esfuerzo supremo. Sus soldados, doblados bajo la ventisca, se mueven en medio de un país que ellos mismos han convertido en un desierto. El último acto, la batalla de Moscú, se desarrolla con ejércitos pequeños si se tiene en cuenta las grandes masas empleadas en este conflicto. La ofensiva de Zhukov hace retroceder a los alemanes 150 km hacia el oeste. Moscú se ha salvado. Mientras los japoneses golpean en Pearl Harbor y Estados Unidos entra en la guerra se ha producido uno de los grandes vuelcos de la fortuna. Hitler ha perdido su oportunidad de ganar la guerra mediante una *Blitzkrieg* en el Este. Se enfrenta ahora al peso combinado de las tres naciones más poderosas del planeta.

Las razones de este fracaso de los alemanes frente a Moscú, que el mismo Hitler (y la versión más divulgada) achacan al famoso «General Invierno», son múltiples, pero se explican no solo por causas externas (la feroz resistencia soviética, la sangre fría de Zhukov), sino también por la misma naturaleza del plan alemán. Llevados por el optimismo más irreal, los alemanes emplean contra la URSS un ejército inferior al que venció en 1940 a Francia, un país con una superficie veinte veces menor y una red de comunicación diez veces superior a la del territorio soviético. Pero los generales alemanes apoyan la idea de Hitler de atacar a Stalin porque creen que la Wehrmacht es capaz de derribar al coloso ruso de un solo golpe. La pésima imagen que han recogido de su encuentro en Polonia con las vanguardias soviéticas o la catástrofe de Finlandia les convencen de que el Ejército Rojo es una presa fácil. Los prejuicios racistas, la adulación a Hitler y la promesa de una colonización despiadada del *Lebensraum* oriental –pues *Barbarroja* no es otra cosa que una operación de conquista colonial– bastan para apartar del camino cualquier análisis racional. En el otro lado, los soviéticos, que durante los años 30 han sido pioneros en teoría militar, comprueban enseguida que la teoría y la práctica son dos cosas bien distintas. En suma, la guerra se lleva por delante todas las fórmulas mágicas de la victoria.

A la violencia de los combates de esta guerra total, de una brutalidad sin precedentes, se añade la que trae una guerra ideológica de un nivel de bestialidad que, como afirman los autores, no se había visto en Occidente desde las guerras de religión (p. 10). Tanto las SS como la NKVD libran una guerra propia dentro de la campaña. Su objetivo es la población civil. Pero el holocausto del Este no habría sido posible sin las aportaciones de la peculiar cultura militar de ambos bandos. Los alemanes parten de una «tradición de violencia contra los civiles enemigos, la obsesión de los *franc-*

tireurs y de los partisanos, la primacía dada al combate sobre cualquier otra forma de intervención militar». ¹ Las páginas que analizan este *German way of war* (1870-1945) y su relación con las brutalidades a las que se entrega la Wehrmacht en su cruzada en el Este se cuentan entre las mejores de esta obra (pp. 262-291). El Ejército Rojo, criatura del partido comunista, ejerce un control total sobre los mandos mediante la vigilancia y la represión. Es completamente ajeno al sufrimiento de sus soldados y de la población civil, que se verán atrapados entre un enemigo implacable, una verdadera máquina de exterminio, y sus propios organismos de seguridad, que no toleran el más mínimo desfallecimiento. Los alemanes inician esa carrera de muerte y desolación contra el Otro, el infrahombre soviético, al que los delirios del nazismo imaginan conducido a la batalla por su enemigo racial, el judío; el régimen soviético, para sobrevivir, reacciona multiplicando su paranoia y radicalizando su violencia. Durante un breve instante, algunos intelectuales soviéticos creen que la guerra frente al agresor nazi traerá un cambio a mejor del estalinismo. Se equivocan: la guerra hace más fuerte al régimen, pero lejos de moderar su crueldad la intensifica.

La confluencia de una guerra total y del choque de dos titanes ideológicos deja en pañales el Infierno de Dante: ejecuciones masivas de judíos por los *Einsatzgruppen*, ayudados por la Wehrmacht y milicias locales, ciudades como Leningrado a las que se pretende rendir matando de hambre a sus habitantes, saqueos, muerte deliberada de prisioneros a millares, enfermedad y miseria por doquier. Durante los seis meses de los que se ocupa el libro, mil seres humanos pierden la vida cada hora, el semestre más mortal de toda la historia de la humanidad. Miles de aldeas son borradas de la faz de la tierra, ciudades enteras son demolidas por los combates.

El equipo formado por Jean Lopez y Lasha Otkhmezuri ha escrito en los últimos tiempos algunos de los trabajos más interesantes sobre el Frente del Este. Jean Lopez, antiguo oficial de la marina mercante, periodista y viajero fundó en 2011 la revista *Guerres & Histoire*, uno de los referentes de este campo. ² Doctor en historia, Otkhmezuri es consejero de la misma revista y ha publicado con Lopez un libro de testimonios de los soldados soviéticos ³ y una extraordinaria biografía sobre Georgy Zhukov, que ha llenado un importante hueco en el conocimiento de una de las

¹ Los *franc-tireurs* eran cuerpos irregulares formados por voluntarios creados por Francia al comienzo de la guerra contra Prusia de 1870. Por extensión, cualquier tipo de partisano que libra una guerra asimétrica contra un ejército regular.

² Jean Lopez ha publicado en solitario varios trabajos sobre Kursk, Stalingrado, Cherkassy, la Operación Bagration y las ofensivas soviéticas sobre Alemania, todos ellos en la editorial Economica.

³ Jean LOPEZ y Lasha OTKHMEZURI: *Grandeur et misère de l'Armée rouge: témoignages inédits, 1941-1945*, París, Seuil, 2011.

personalidades militares más desconocidas del siglo, amén de constituir un análisis de la máquina militar soviética.⁴

De hecho, la biografía de Zhukov ya anticipaba algunos de los rasgos y hallazgos de *Barbarossa*. En primer lugar, un gran conocimiento de la ingente documentación soviética desclasificada tras la caída del comunismo, y que vuelve a sufrir el cierre desde el comienzo de la era Putin. Las veinticinco páginas de la bibliografía, que incluye fuentes en siete lenguas, dan testimonio de este aspecto, uno de los más logrados de la obra. Las relaciones establecidas por Lopez a través de su trabajo en *Guerres & Histoire* le han permitido entrevistar a los últimos supervivientes del Ejército Rojo, del asedio de Leningrado o de las factorías del Ural. Otra gran aportación de la obra es la utilización de los trabajos sobre la guerra en el Este de historiadores alemanes como Johannes Hürter, Klaus-Michael Mallmann o Felix Römer.

Los autores han querido presentar así una imagen equilibrada de una campaña que en su mayor parte se ha tratado desde el punto de vista de la Wehrmacht (a la que, a pesar del talante criminal del régimen al que servía, muchos autores occidentales siguen presentando con algo más que admiración como una maquinaria militar perfecta). Las versiones soviéticas de la guerra estaban guiadas por la propaganda o manipuladas tras la muerte de Stalin. Pero este equilibrio, como los autores advierten en la introducción, no equivale a una equiparación de los dos regímenes. El hecho de que se tratara de dos dictaduras totalitarias no significa que fueran equivalentes. Había entre ellas tantas diferencias como similitudes. La primera de ellas, se olvida a menudo, a pesar de ser más que evidente: «Los muertos de la Operación *Barbarroja* van a cuenta de Alemania, el país agresor» (p. 11).

El libro se estructura en cinco partes que siguen una progresión cronológica clásica. La primera parte se ocupa de las relaciones germano-soviéticas desde 1918 hasta la decisión de atacar la URSS. Los autores sostienen con gran convicción que Hitler, contrariamente a lo que puede desprenderse de su *Mein Kampf*, no estaba determinado ideológicamente a tomar esta decisión. Fue el contexto extratético de la guerra en el decisivo verano de 1940, tras la victoria sobre Francia, lo que condujo a *Barbarossa*. El ataque a la URSS concilia los dos elementos de la cosmovisión hitleriana: conquista del *Lebensraum*, sometimiento del Imperio británico a sus designios y, por tanto, neutralización de Estados Unidos. Lopez ha apuntado en una entrevista que, después de ochenta años, todavía quedan lagunas e interrogantes que solo podrán solucionarse cuando se tenga acceso a toda la documentación, especialmente a la referente a los movimientos diplomáticos del crucial periodo de 1939-1941.

⁴ Jean LOPEZ y Lasha OTKHMEZURI: *Joukov. L'homme qui a vaincu Hitler*, París, Perrin, 2013.

En la segunda parte, se presentan los planes de ambos bandos. El de los alemanes constituye una auténtica receta para el desastre: la Wehrmacht es, a pesar de la imagen propagandística, un ejército hipomóvil. Apenas un 10 por 100 de las divisiones de *Barbarossa* son motorizadas; la mayor parte de las formaciones dependen de miles de caballos para arrastrar su artillería y sus carros. Sin embargo, el plan alemán descansa en el supuesto de la rapidez. La Wehrmacht debe aniquilar al grueso del Ejército Rojo antes de que consiga retirarse al interior, cambiando espacio por tiempo. Por su parte, los soviéticos, cuyos efectivos alcanzan los cinco millones de hombres en la víspera del ataque, entran en la guerra con un ejército mal mandado, con armas, carros y aviones en abundancia pero utilizados al por mayor. El cuerpo de oficiales, atenazado por la vigilancia del Estado, se abstiene de cualquier iniciativa, aunque los autores matizan la influencia de las purgas de 1937-1938 en la efectividad del Ejército Rojo, y ponen de relieve otros factores, como los sucesivos cambios organizativos en los cuerpos mecanizados que, en el momento del ataque, se solapan, obstaculizando una respuesta efectiva contra esos instrumentos flexibles de maniobra que son las *Panzerdivisionen*. La doctrina ofensiva soviética, que incluso piensa en llevar la guerra a Polonia en caso de agresión alemana (el origen de la teoría del «rompehielos» de Suvorov), es otro de los factores mejor analizados por la obra. En esta parte los autores también realizan un análisis actualizado sobre el engaño (o autoengaño) de Stalin acerca de las intenciones de Hitler que tantos ríos de tinta ha hecho correr.

La tercera parte se ocupa de los primeros cuatro meses de la campaña, desde la batalla de las fronteras hasta el gran embolsamiento de Kiev. La cuarta aborda el doble cataclismo de Viazma-Briansk. Y, finalmente, la quinta parte rinde cuentas del acto final frente a Moscú. Todo narrado con un extraordinario nivel de detalle, con conclusiones innovadoras y asombrosas, una visión poliédrica de los acontecimientos y un repaso de todos y cada uno de los aspectos del conflicto, desde el armamento hasta la diplomacia, los servicios secretos, la planificación, los sufrimientos de la población y los soldados y la responsabilidad de los verdugos. Como es costumbre en las obras de los autores, las operaciones van acompañadas de mapas sencillos, especialmente pensados para aprehender la esencia de la maniobra, sin perderse en detalles superfluos.

Cada parte, además, va precedida por una “escena” en la que se presenta un aspecto particular y que, en su profundo dramatismo, da cuenta de la habilidad narrativa de los autores. Asistimos a la reunión celebrada por Hitler en febrero de 1933 con los representantes del generalato, donde el recién elegido canciller habla de sus proyectos para el futuro, o al interrogatorio del hijo de Stalin por los alemanes, en el que confiesa que siente miedo de su padre por haberse dejado capturar con vida; viajaremos a la república autónoma de Lokot, donde Bronislav Kaminski erigirá bajo

la sombra de sus amos alemanes un reinado de pesadilla, o hasta las matanzas del *Sonderkommando 11*, que sigue el avance por Crimea del 11.º Ejército de von Manstein, el celebrado cerebro operacional alemán. Manstein ha justificado el asesinato de los judíos en su orden a la tropa del 20 de noviembre de 1941, presentándolos como una amenaza para la retaguardia alemana. Después de la masacre perpetrada en Simperofol, donde son asesinados de un tiro en la nuca diez mil de ellos, Manstein repartirá entre sus oficiales los relojes requisados a las víctimas.

Barbarossa 1941 es, pues, una obra altamente recomendable para cualquier interesado en la Segunda Guerra Mundial. Monumental como la guerra que retrata y escrita con una prosa capaz de recrear con la vivacidad de una novela la campaña militar más gigantesca de la historia, la guerra absoluta que Clausewitz había anunciado, reencarnada en la tierra de Rusia, la gran batalla decisiva de la Segunda Guerra Mundial.